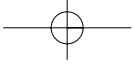
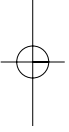


Capítulo I

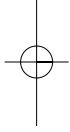
En el año 1979 escribí que esperaba que se me leyese en 1640. Fue 1640 el año en que se jugó el destino de Portugal. Una conspiración de nobles hizo caer la dominación española y restauró la monarquía en la persona del duque de Braganza. El duque no sólo se convirtió en rey sino que devolvió definitivamente la nación a su tierra. Entre los allegados del duque de Braganza se hallaba Francisco de Mascarenhas, a

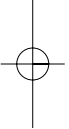
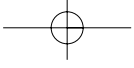


cuyas alianzas y fortuna debió la mayor parte de su éxito. Ésa fue la primera acción que, con el apoyo de los franceses, hizo dislocarse a la infecta tiranía de Sevilla. Uno de los oficiales llegados de Francia, el señor de Jaume, que era viudo, se hizo amigo de los Mascarenhas, y los servía bien.

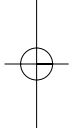


El señor de Jaume procedía de una modesta familia de Guyenne, era joven y no era guapo. Más que valiente era ardiente, de gran fanfarronería, lo que le valía el aprecio de sus soldados. Acudía con regularidad a torear a la plaza que el rey Sebastián había mandado construir en Xabregas. También le gustaba agarrar a los toros con la fuerza de las manos. Tenía para vivir cómodamente sin ser rico; le apasionaban los juegos y las riñas, pero también la música; de noche incurría en todo tipo de desenfre-

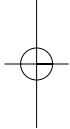
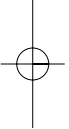
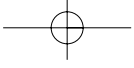




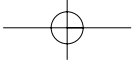
no y de día se deleitaba con francachelas y disfraces. Compadreaba con todos cuantos se mostrasen atrevidos en los campos de los alrededores de Lisboa o en el puerto, donde se agrupaban las mujeres. Era amigo de marinos y vaqueros. Con plumas de corneja empapadas de engrudo extraían de los cepillos de las capillas las monedas o las sustraían de los sombreros de los mendigos. Siempre llevaba en el cinturón una bolsa llena de bolitas envenenadas para los esclavos y los judíos. No tenía buena reputación y recaían sobre él sospechas de que había forzado a ciudadanas de Lisboa; mas el carácter intrépido y la arrogancia los llevaba escritos en la cara, y fascinaba a pesar de la violencia o de la codicia igualmente patentes en su rostro.



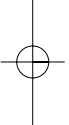
Además de don Francisco y de don António de Mascarenhas, era amigo del



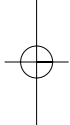
señor de Alcobaça. Éste tenía una hija de apenas dos años con la que al señor de Jaume le gustaba jugar con una pelota de trapo. Decía, bromeando, que un día sería su mujercita. Se llamaba Luisa de Alcobaça. La mañana del día 1 de diciembre de 1640 el señor de Jaume se sumó a los conjurados en compañía del señor de Alcobaça. Quienes verdaderamente animaban la conjura que restauró la unidad del reino no se llamaban Juan de Braganza ni Luisa de Guzmán, ni duque de Richelieu. Eran João Pinto Ribeiro, António de Mascarenhas, Francisco de Melo y Pedro de Mendonça. Ellos fueron los que asaltaron el palacio de la gobernación y desarmaron a la guardia alemana. Después desarmaron a la guardia castellana; capturaron a la duquesa de Mantova y mata-

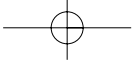


ron a Miguel de Vasconcelos. La duquesa fue conducida al monasterio de Xabregas y allí retenida. La fortaleza de Setúbal se rindió después de un breve asedio.

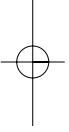


Madeira, Tánger, el Brasil, Goa y las Indias reconocieron a la nueva dinastía. En el frente catalán, las tropas y los oficiales portugueses desertaron, se fueron a Francia, llegaron a La Rochelle y al punto embarcaron para recuperar los olores y la luz de su tierra. Cuando llegaron, el Padre jesuita Inácio de Mascarenhas salió hacia Cataluña. En 1647, los Braganza organizaron corridas en la plaza del Rossio. Don António de Mascarenhas, don Diogo de Almeida, don Francisco de Mascarenhas y don Luís Saldanha de Albuquerque bajaron al ruedo cuadrado y torearon para regocijo de todos. La pequeña Luisa

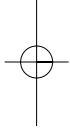


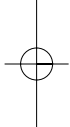
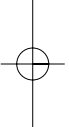
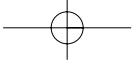


de Alcobaça tenía entonces ocho años y se hallaba al lado del rey Juan en la tribuna. Llevaba un chal amarillo. Ése fue también el día en que el joven don João de Mascarenhas dijo que iba a construir un palacio que sorprendería a más de uno. En otro tiempo don Pedro de Mascarenhas había sido virrey de las Indias. También ese día el señor de Jaume bajó al ruedo e hincó a sus pies a dos toros.



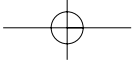
En 1659, Luisa de Alcobaça era una de las jóvenes más bellas de Lisboa. Se había educado con las hermanas del convento de Braga. En algunos aspectos todavía era una niña. Tenía el desabrimiento de los niños mimados: ya fuera el mohín o los ojos que no paran de dar vueltas, o las interminables risas sin absolutamente ningún motivo. Se pasaba todo el día, cuando no cantaba, inclinada sobre un espejito abom-



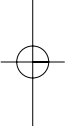


bado procedente de Venecia que le había regalado el señor de Jaume, con el borde de madera dorada, rematado por ángeles músicos y molduras con líneas entrecruzadas. Era un regalo muy bonito. El reverso era de estaño y representaba una escena con una Judith oronda cortándole el cuello a Holofernes dormido. A Luisa de Alcobaça le gustaba mucho la música y la estudiaba con un viejo trompeta que había llegado de Francia, aunque era lorenés, llamado Grezette. Le enseñaba el clavicémbalo. Por lo demás, el señor Grezette bebía y era aficionado a la pesca. Así iba envejeciendo, entre las clases que daba a algunos señores y el placer de pescar con red en el río Tajo. Luego se quedaba al sol y bebía.

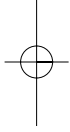
Era un excelente profesor de música. El señor Grezette tenía la costumbre, si se halla-

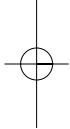
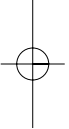
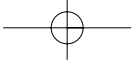


ba bajo los efectos del vino, de azotar a sus alumnos, cualquiera que fuera su edad, cuando no conseguía de ellos lo que esperaba. Al señor de Alcobaça y al señor de Jaume les agradaba ver cómo el señor Grezette azotaba a Luisa, y se reían.

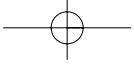


La joven de Alcobaça había tenido también un compañero de juegos del que se había encariñado; se llamaba Afonso y era el hijo del intendente de la casa de Colares. Cuando Luisa cumplió trece años, a Afonso, en una capea, le había aplastado las glándulas de los genitales un toro que le había pisado salvajemente el vientre. Esa vez había tenido suerte. A uno que llevaba el mosquete lo había matado en el acto. Era un toro muy bravo; su nombre era Iesu; aquel día se volvió inexplicablemente furioso y lo tuvieron que sacrifi-

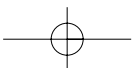
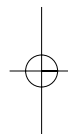
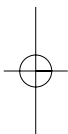


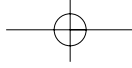


car. Luisa de Alcobaça se precipitó, fue corriendo hasta una carreta que había allí y en la que habían tendido el cuerpo de Afonso, quien todavía daba alaridos. Hacía tanto calor en la carreta que la habían cubierto con un cañizo. La joven estrechó contra su pecho a su amigo mientras el barbero le hacía una incisión en uno de los testículos y extraía la glándula aplastada. Aquella imagen la había impresionado mucho, así que solía compadecer a los hombres por la constitución con que la naturaleza los había dotado; no sólo por lo poco agraciada que era sino por la poca protección que les ofrecía. Después el barbero volvió a coser las bolsas en vivo. Afonso no gritó. Ella decía que en toda su vida jamás le habían estrechado la mano con tanta fuerza. Afonso murió



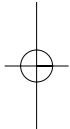
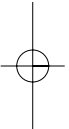
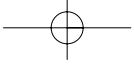
en 1658 por la peste que causó estragos en
Antalya, cerca de Estambul, donde se hallaba
destinado como oficial de marina.



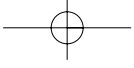


Capítulo II

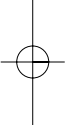
Cuando la hija del señor de Alcobaça se convirtió en una joven sumamente hermosa, los señores lisboetas de mayor bizarría la cortejaron. Al señor de Jaume le dio por enfrentarse con todo el que pretendiera ser del agrado de ella, pues él la había conocido de niña. Hacía que escribieran al padre cartas apremiantes, y a veces amenazadoras, no con el fin de que le concediese su mano sino para que no se la entregase a nadie.



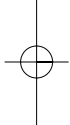
Con ayuda de sus hombres inspiraba desavenencias y premeditaba la ruina de sus principales rivales. En definitiva, hacía el vacío a su alrededor sin que tan sólo se le viniese a las mientes la idea de seducir a la que deseaba por esposa, de manera que aunque la fortuna personal y la posición en que se hallaba en relación con don João de Mascarenhas hiciera que se granjease el aprecio del señor de Alcobaça, sus maneras y su nación bastaron para que lo rechazara. El señor de Alcobaça eligió al hijo de su más viejo amigo, a pesar de que fuera de fortuna más bien escasa. El señor de Oeiras tenía parentesco con el Padre António Vieira. El hijo del señor de Oeiras era un joven de veintitrés años, valeroso, ancho de hombros, vigoroso, muy alto y plácido, del que enseguida Luisa de Alcobaça quedó prendada. El señor

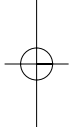
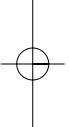
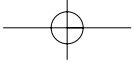


de Jaume no sobrellevó con paciencia la afrenta del rechazo. Decía que si había Dios, el que la tuviera en su lecho no la montaría durante mucho tiempo sin sufrir penalidades.



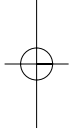
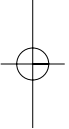
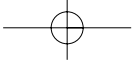
Cierto es que por aquel entonces había miedo. Amenazaba por todas partes el espectro de los españoles. El nuevo poder no estaba suficientemente consolidado como para que se quisiera contrariar del todo al antiguo, pero sí estaba lo bastante asentado para que uno temiera perderse si no se asociaba con él. Caía la censura sobre los que se adherían a un bando; el ridículo sobre los que dudaban, y la vergüenza sobre los que no hacían nada; inspiraban piedad las desgracias que los acontecimientos habían provocado, y había agradecimiento para quienes, lanzándose a la pelea, habían detenido la irritación de la multitud desatada por las calle-



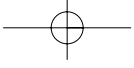


juelas y evitado la violencia de los poderosos encerrados en sus haciendas. Se oía el estruendo de unos tumultos que prendían para casi inmediatamente apagarse, cual lámparas faltas de aceite. Roces o rencillas de adeptos o parientes volvíanse batallas campales por la entonces apremiante pervivencia de los apellidos y los títulos. Los matrimonios privados se veían obligados a la prudencia. Así fue como el señor de Oeiras obtuvo la mano de Luisa de Alcobaça.

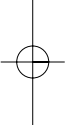
Un día de julio, el conde de Mascarenhas invitó a su gente a una fiesta en el campo, donde estaba construyendo un palacio lejos de Lisboa, entre colinas y montes. El lugar era agreste. El aire mezclaba los efluvios embriagadores del jazmín y del mirto con el perfume de la lavanda y de los naranjos y con el del heliotropo y el de las rosas. El conde había diseñado un jardín



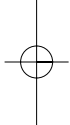
abierto que sorprendía a la corte pues rodeaba la mansión, todavía sin acabar, y se abría imperceptiblemente al campo y a los bosques. Una vez que le refirieron tales palabras el señor de Mascarenhas declaró que todo aquello le traía al paio, y que no le iba ni le venía. Mandó construir galerías subterráneas, estanques con agua, fuentes para que brotase el agua y depósitos para atesorarla; lejos de disimularlos los resaltaba a la vista de todos porque pensaba cubrirlos con azulejos de porcelana esmaltados y con la sombra de caballeros azules. Le dejaban hablar sin que llegaran a entenderlo pues no se acertaba a ver el sueño que se esforzaba en conseguir. Mandaba realizar parterres, hacía llegar de los confines recónditos del planeta las plantas más exóticas, que él aclimatava e integraba en el bosque. El conde decía que quería

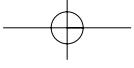


concentrar en su jardín los océanos, las tierras emergidas y las estrellas, y que una vez lo hubiera logrado no iría más allá.

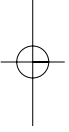


La joven dama de Alcobaça no se sintió a gusto cuando entró en los jardines. Había estado todo el día pensando en Afonso, y aquel pensamiento, cuando la sorprendía, pesaba en su estado de ánimo. Hacía buen tiempo y el cielo estaba completamente límpido, por muy triste que ella estuviese. El señor de Jaume la recibió. Atravesaron dos grandes salas cubiertas de telas pintadas, porque aún estaban en obras, y llegaron al jardín en que el conde recibía. El muro, los parterres, el estanque, el depósito, los bancos de mármol, todo estaba adornado con una desconcertante profusión de figuras, aunque todo estaba por acabar y en fragmentos. El conde tenía un aspecto som-



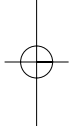


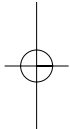
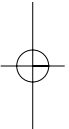
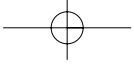
brío, con la mirada fija en el estanque, sentado en un sillón de brazos y patas dorados, tapizado con seda amarilla de China. Esperaba al rey, que llevaba un retraso de dos horas respecto al horario que había indicado. El conde comendador había ordenado al señor de Jaume que le presentara a la futura esposa del señor de Oeiras.



Levantó los ojos para mirarla y quedó deslumbrado.

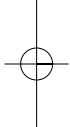
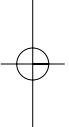
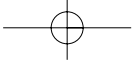
—Señora —le dijo—, os vais a convertir en la esposa del señor de Oeiras, que es uno de mis vecinos aunque no sea exactamente uno de mis amigos. Es Jaume quien os trae hasta mí, y él es mi compañero de armas, que es como decir más que un hermano, pues este vínculo no nos es dado, sino que lo elegimos. Sentíos pues aquí como dos veces mi hermana.





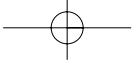
Luego, contestando a una de las preguntas de uno de los príncipes que allí se hallaban, el señor de Mascarenhas contó los secretos de su jardín. Hubiera querido hurtar, decía, su poder de metamorfosis a las nubes y a las plantas, al viento y a los insectos. Hubiera querido hurtar el tesoro de los continentes y de sus confines para recordar la fortuna que los Mascarenhas habían adquirido en ellos, y para dar fe del valor que habían demostrado. Hubiera querido hurtarle al sol el misterio del océano, y a la luna el de las mujeres y el de los sueños. El conde, volviéndose hacia Luisa de Alcobaça, dijo:

—Joven dama, si extrajésemos el pedazo de vida que bulle en el fondo de cada ser vivo, comparados con ese pedazo de vida somos unos fantasmas. Somos sombras que se restriegan y acurrucan en la sombra de nuestras mo-

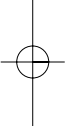


radas y bajo las sábanas que cubren nuestros lechos, frente a esa luz que transmigra de ser vivo en ser vivo. Os diré, Señora, pues pronto os veremos casada, y mal casada, que es esa luz la que siempre envuelve de forma extraña las partes cuando retiramos las ropas que las ocultan. A decir verdad, esas partes son los rostros de las almas. Todo es tan extraño, como los pájaros que un día volaron. Así andan errantes y se agrupan los animales. Así nacen y vuelven a nacer machos y hembras. La vida es una transformación continua que corre con una prisa con que nada se interrumpe. Así, fueron vistas hembras de hombres que abrían las piernas para dar a luz a su contrario en forma de varones.

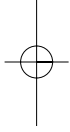
Mientras el conde hablaba, el rey Juan IV entró con su séquito en el jardín. Llegó hasta



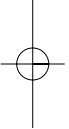
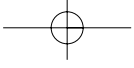
el estanque central y, una vez allí, desmontó del caballo. Avanzó por entre los setos de boj. Se detuvo ante el estanque. Miró de prisa el depósito, que aún no estaba cubierto de azulejos, y bajó los ojos. Unas carpas doradas brincaban en el agua. Su majestad dijo que el lugar prometía llegar a ser maravilloso y ordenó a don João de Mascarenhas que le fuese a buscar otro sillón para que allí pudiese soñar.



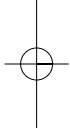
Díjole el conde que el sillón era el suyo y que sólo por un descuido se había sentado en él. Su majestad llevaba sobre su jubón rojo un cinturón dorado, que se desabrochó para mejor dejarse llevar hacia la ensoñación. El conde colocó el talabarte en el respaldo del sillón. Quedó solo el rey.



Se habían dispuesto las mesas en la sala. Cuando el rey hubo salido de su ensoñación y



se levantó, la corte abandonó el jardín y se pudo cenar. El señor de Oeiras llegó con retraso y presentó excusas al rey. Fue a saludar a su dama; le fue ofrecido el asiento que se hallaba a su lado y lo aceptó; se puso a murmurar al oído de la joven de Alcobaça. Ésta, después de haber bebido un agua que no era buena, sintióse mal y tuvo que abandonar la sala. Se inclinó hacia el oído de aquel con quien se iba a casar asegurándole que enseguida volvería.



Llevaba un gran vestido azul, en tonos pálidos, de alto cuello. Hacía tanto calor que su cabello negro se había humedecido.



